

Ronald Reagan en Cancún: ¡De esta agua no beberás!

Por: Enrique Antonio García Dubón
Profesor del Dpto. de Economía.

El 22 y 23 de octubre se celebró en Cancún, México, la Reunión Internacional sobre la Cooperación y Desarrollo, mas conocida por Conferencia Norte-Sur, y tuvo por protagonistas a importantes líderes del Tercer Mundo y de las naciones más desarrolladas del planeta.

El motivo de la reunión es el mismo que propició las Conferencias de las Naciones Unidas sobre Desarrollo y Comercio (UNCTAD), así como los informes del Club de Roma, Comisión Brandt, y Comisión L. Pearson; es decir el injusto e inequitativo intercambio entre naciones industrializadas y países pobres que genera en estas últimas graves situaciones de marginación y polarización social, entre otras cosas. Así, la posición de los países pobres en la Reunión de Cancún era bastante clara: exigir un incremento sustancioso de la ayuda de los países ricos a los países pobres, mejores precios a los productos de exportación, una mayor participación en organismos financieros como el FMI y el Banco Mundial, tradicionalmente controlados por los Estados Unidos y las compañías transnacionales, transferencia de tecnología y reducción a las barreras comerciales para productos manufacturados. Esta posición, avalada por los países pobres y algunas naciones industrializadas marcaba fuerte contraste con el más importante interlocutor de los países del "norte", Estados Unidos.

En efecto, la posición del mandatario norteamericano fue la de un completo rechazo a las exigencias del Tercer Mundo, y tan extrema fue su posición que para no consumir el agua potable de México, bastante incontaminada de "libre empresa", decidió llevar su propia agua, la cual seguramente sí era un producto de las leyes del mercado, y de la que recetó en abundancia a estos países abrumados por la pobreza. Desde un principio los Estados Unidos eludieron un compromiso serio de diálogo con las naciones pobres, al preferir "un calmado intercambio de ideas sobre los problemas de desarrollo" sin agenda previa (UPI, 22 oct), y no debates profundos sobre los mismos, tal como lo proponía el anfitrión mexicano, J.L. Portillo. A cambio del debate serio, Reagan ofreció una vieja fórmula alquimista: "la magia del mercado" y la empresa privada, la cual habrá de funcionar dando "rienda suelta al capitalismo" (UPI, oct. 22) y abriendo los mercados de los países. No cabe duda que al Sr. Reagan le preocupa el estancamiento de la economía de su nación, y que se encuentra decidido a restablecer las cuotas de ganancia de las grandes transnacionales a costa de los países pobres.

La posición norteamericana fue criticada duramente por la mayoría de líderes asistentes; así, por ejemplo, el Ministro de Relaciones Exteriores de Nigeria, Ishaya Audu dijo que "las referencias de Reagan a la emulación del capitalismo norteamericano por parte de los países en desarrollo no es válida, porque Estados Unidos tomó la delantera a las otras naciones mediante el uso de mano de obra barata de esclavos negros" (UPI, 23 Oct). También el presidente mexicano señaló que las inversiones extranjeras son hechas de manera tal que favorecen intereses e ideologías establecidas (UPI, 22 oct.), y que la receta norteamericana no resolvería la brecha existente entre las naciones industrializadas y los países pobres, advirtiendo que si el mundo es incapaz de ponerse de acuerdo sobre ese problema, "la diferencia entre los intereses nacionales será resuelta a través del enfrentamiento económico y la violencia política" (UPI/ oct. 22).

Por otro lado, el Presidente de Costa Rica, R. Carazo que no asistió a la reunión, previó con bastante certeza lo que habría de ser su tónica: "Los países ricos no están deseosos de ayudar a los países pobres, porque estudian siempre la manera de obtener beneficios de ellos. Hablan, por ejemplo, de comercio libre y a la vez imponen cuotas a la importación de productos como el café" (EFE, oct. 21).

El resultado final de la reunión no ofreció frutos concretos que beneficien a los países pobres y, desde esa perspectiva, la tesis norteamericana triunfó. El único logro, tal vez, fue el acuerdo de iniciar negociaciones globales en el marco de las Naciones Unidas. Ello es importante si se tiene en cuenta la necesidad de los gobiernos norteamericanos de dialogar bilateralmente con los países pobres, y no con el bloque de ellos. Este acuerdo es favorable a los países pobres en tanto les permite ejercer mayor presión; sin embargo Reagan las condicionó a cuatro puntos presentados en un elegante estilo, que entre líneas dice ¡no!. Ellos son:

"a) Las conversaciones (globales) deberían orientarse en la práctica a la identificación de los potenciales obstáculos para el desarrollo, caso a caso. Estados Unidos propone aquí una agenda compuesta de liberalización comercial, energía, . . . y mejora del clima de inversión.

"b) Las conversaciones deberían respetar la competitividad, las funciones y los poderes de los organismos internacionales de los que dependemos todos.

"c) La orientación general de las con-

versaciones deben ir al sostenimiento o aumento de los niveles de desarrollo económico, mutuamente beneficioso para ricos y pobres.

"d) Las conversaciones deberían tener lugar en una atmósfera de espíritu cooperativo similar al de Cancún, y no donde los puntos de vista se polaricen sacrificando las posibilidades de acuerdo". (EFE, oct. 22).

Es fácil leer entre líneas que con esas condiciones los países pobres no habrán de lograr mucho. En primer lugar, la propuesta de liberación comercial beneficiaría exclusivamente a las grandes corporaciones norteamericanas con una mayor competitividad que cualquiera de las del tercer mundo y, por otro lado, el mejorar el clima de inversión nos recuerda la doctrina de la seguridad nacional y elude olímpicamente las fallas estructurales de los países pobres y del intercambio internacional. Con respecto a la segunda condición, los organismos aludidos, FMI y Banco Mundial, son hábilmente controlados por los Estados Unidos, donde tienen derecho de veto, y puestos al servicio de las transnacionales. Con la tercera condición, limitada al desarrollo económico, se obvian las realidades del Tercer Mundo, donde las causas de la pobreza no son exclusivamente económicas. Y finalmente, la cuarta condición limita las reuniones globales a nuevos y "simples intercambios de ideas".

Desgraciadamente, Cancún finalizó de igual manera que las anteriores reuniones sobre desarrollo y cooperación internacional, lo cual era de esperar, pues la ausencia de importantes interlocutores del tercer mundo, y el condicionamiento de la reunión a un "simple diálogo" solo podía predestinarla a un fracaso.

Mientras tanto, la brecha entre el rico "norte", y el empobrecido "sur" seguirá ensanchándose más, tornando más real la posibilidad del enfrentamiento abierto entre ellos. Ojalá las poderosas naciones del "norte" abandonen sus cerrados esquemas ideológicos y negocien "un seguro de vida para sus próximas generaciones".